

## Elegía

*Tu voluntad se hizo, Señor, contra la mía.  
Señor, ya estamos solos, mi corazón y el mar.  
Antonio Machado*

Eras la brisa,  
el alba.

Aún parece que tengo  
las alas de tus manos.

Era yo un campesino con la vega en el pecho,  
transido de horizontes.

Sólo atinaba a abrirte los cielos de mis tardes  
para verme en la estrella  
reciente de tus ojos...

Dialogaba con árboles, inventaba tus nombres,  
y apacentaba nubes por los prados celestes,  
sin pensar en el viento que todo lo derrumba.

La aurora me abrasaba de trinos y senderos,  
y la noche en sus coros de estrella me dormía,  
y yo, con tal milagro, me olvidaba del tiempo.

Era feliz por todo –sin saber que lo era hasta  
que tú llegaste,  
con la grave noticia del amor y la gracia.

Que tus manos trajeron un milagro doliente,  
bien lo saben las tardes  
y las horas de ausencia donde yo te citaba.

Eras un hada de esas que, verdaderamente,  
se escapan de los libros y vienen con nosotros,  
como sólo en el mundo de los niños sucede.

Jamás pude pensarte siendo de otra manera,  
y si quedamos solos en orillas distantes,  
íbamos siempre juntos.

Y si mis pasos tristes  
se hundían en el lodo,  
yo tenía las alas seguras de tu nombre.

Y te inventaba, a veces, en las manos de otra,  
en la que perecía con tu propio naufragio,  
para nacer contigo de las cansadas olas.

Puedo morir de todo,  
de sueños, de vendimias, de lluvias otoñales,  
y sin embargo aún llevo tu perfume en la mano...

Un día,  
le pregunté a la tarde  
en qué ribera alegre, doliente, te vería.

¿Qué barcas te llevaban en las alas del viento;  
qué lunas te llamaban en mi ausencia, qué nombres  
te transmitía el mar?

Y me acerqué a tu mundo sonámbulo de olvidos,  
-¡oh, verde Tibidabo!– con la esperanza yerta,  
y hallé en la misma fuente la música de antaño...

Y entonces nos dijimos:  
¡nos ha desamparado la distancia y la vida!  
¡ya somos respuesta de todos los caminos!

En el viejo planeta todo estaba muriéndose.  
pero aún podía hallarte por el mismo sendero  
que un día abrimos juntos,  
cuando la primavera pudo ser primavera...

Pero hoy me ha llegado la tremenda noticia:  
¡has muerto, definitivamente, junto al Mediterráneo,  
oyendo en caracolas azules mi tristeza!

¿Qué ha sido de tus manos, iniciales del vuelo,  
de aquella euritmia mágica de tus brazos, de aquellas  
azucenas, de tus senos dormidos?

¿Y de aquella estrella  
que en tu pecho cantaba?